

BAKEAZBLAI: LA EXPERIENCIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE UNA EDUCADORA

María Sánchez González

Profesora del Colegio Vizcaya (Bilbao)

¿Qué debería ser educar?

La escuela ha sido y es el lugar en el que aprendemos las pautas básicas de convivencia fuera del espacio familiar, aprendemos a ser parte de un grupo, a identificarnos con él, a clasificar a los demás y a nosotros mismos por el grado de adecuación a lo que es socialmente aprobado, a coartarnos y coartar a los otros aquellas conductas, valores, hábitos que son socialmente reprobables... En este sentido, la escuela es un reflejo de nosotros mismos como sociedad y el sistema educativo tiene como objetivo inculcar y encarnar en los alumnos los valores y prácticas culturales de la sociedad de la que forman parte.

Desde este punto de vista, los contenidos que aprenden, el valor que se les da a unos o a otros, los procedimientos utilizados para transmitirlos, el valor de la figura del profesor, la propia estructura física de los colegios, el sistema de calificación que se utiliza... todo ello va encaminado a transmitir aquello que la sociedad cree fundamental y a crear futuros ciudadanos.

Por eso decidir cuál es la orientación de nuestro modelo y nuestras prácticas educativas es un buen lugar para comprender cuáles son los valores que como sociedad privilegamos, pero también es un lugar para la reconstrucción de esos valores.

Y por eso también, la educación, hoy más que nunca, debe ser el espacio para empezar a cambiar el mundo, al menos localmente, al menos a nivel micro. Pero para ello debemos repensarla sinceramente, no quedarnos en buenas intenciones, sino buscar realmente los medios adecuados para alcanzar los objetivos de emancipación que nos propongamos y para construir una sociedad basada en valores de respeto y convivencia.

¿Qué sentido tiene la educación ética en el colegio? ¿Cuál es su importancia?

Desde este último punto de vista, creo que la reflexión ética es fundamental en el proceso de aprender a vivir de una forma responsable. Y cuando hablo de responsabilidad me refiero a una responsabilidad centrada en primer lugar en el cuidado de sí mismo, de la propia persona. Porque quién no es capaz de asumir la responsabilidad de guiar su propia vida mal puede construirse como sujeto ético completo.

Pero este proceso de autoconciencia crítica se encuentra indiscutiblemente unido al hecho de que no somos seres aislados, sino en constante interacción con los otros. Esta experiencia del yo vinculado a los otros es la base de la experiencia ética. Y en este sentido enfatizo el término experiencia. Porque la ética no es una reflexión puramente

teórica, aunque pueda teorizarse sobre ella, sino que es eminentemente una experiencia vital. Y una experiencia vital que reconoce que uno no es un individuo aislado, sino que nos construimos en un entorno social y, por tanto, es necesario que nos responsabilicemos también de esa dimensión social. Y para ello es necesario que haya un reconocimiento fundamental tanto de uno mismo como del otro como sujeto de respeto, dignidad y libertad, siempre, incluso en medio de un conflicto (tal vez sobre todo en el seno de un conflicto).

En este sentido, la escuela, sin lugar a dudas paralelamente a los demás agentes educativos (que en el fondo somos todos) tiene una responsabilidad en educar para que los chicos que hoy sean individuos autónomos, críticos y capaces de construir un futuro mejor del presente al que parece que están abocados. Eso requiere del aprendizaje de un conjunto de valores éticos que contribuya a construir relaciones con uno mismo y con los demás de crecimiento conjunto, y no de imposición, de respeto y comunicación, y no de enfrentamiento y hostilidad.

¿Cómo llegó el proyecto Bakeaz Blai al colegio?

Yo tengo la suerte de trabajar en un espacio educativo que promueve este tipo de enseñanza y de aprendizaje y esta fue una de las razones por las que tuvimos la oportunidad de participar en el programa piloto que Bakeola había diseñado y que tenía como objetivo la construcción de relaciones interpersonales basadas en la empatía y el reconocimiento del otro, de sus emociones y de su sufrimiento. Reconocer a las víctimas como víctimas, su sufrimiento, así como las secuelas que la violencia tiene no solo en las víctimas, sino en todo el tejido social, eran, como os ha contado Rocío, los objetivos del proyecto Bakeaz blai. Un proyecto en definitiva orientado al trabajo por la construcción de una cultura de la paz.

El hecho de que fuéramos elegidos como uno de los centros que iba a participar en este proyecto hizo que hubiera que alterar la programación de aula para la asignatura de ética, reestructurándola para dar cabida tanto a la parte del programa que iba a implementarse en el aula como para el trabajo que posteriormente debíamos realizar.

¿Cómo lo implementamos en el aula?

La implementación de las actividades fue sencilla por dos motivos, por un lado, se adecuaba muy bien a los objetivos y temas a trabajar en la asignatura de ética y, por otro, nos proporcionaron una secuenciación y una programación detallada que los profesores íbamos siguiendo. Además estaba la posibilidad de resolver las dudas que iban surgiendo vía mail con los responsables del programa, en concreto con Rocío.

Las dinámicas que llevamos a cabo comenzaron con actividades orientadas al conocimiento y la creación de un clima de aula favorable que nos permitiera seguir trabajando el resto de cuestiones que íbamos a trabajar, tanto en el aula como en la posterior estancia en Gernika.

Nosotros decidimos implementar el trabajo que se iba a realizar en el colegio en las cuatro líneas de la ESO que tenemos, en las cuatro aulas de 4º de la ESO que hay, y después, teniendo como criterio fundamental la participación en el aula a lo largo de tiempo que duró la implementación del programa en el aula, escoger a los 50 alumnos que, en dos grupos, iban a continuar con el mismo en el albergue de Gernika.

Lo interesante del tipo de trabajo que hicimos (y que ya os ha contado Rocío) no fueron tanto las temáticas y conceptos de carácter más general que fuimos trabajando, (derechos humanos, vulneraciones de los mismos, referentes y valores personales que nos guían, diferenciación de conceptos como conflicto, violencia y paz...) pues de una u otra manera son cuestiones que se trabajan ya en los centros educativos, sino el modo de hacerlo. Me explico, aunque creo que lo mejor es que Bea e Iratxe os lo expliquen desde su propio punto de vista, el trabajo que hicimos partió no de la reflexión teórica sobre estas cuestiones, sino desde la vivencia personal sobre las mismas. Las actividades que nos propusieron, y alguna otra que incluí yo, eran actividades prácticas, en las que el aprendizaje iba de la mano de la experimentación. Además, estas actividades ponían como el centro de la reflexión y del trabajo a los alumnos, haciendo que la profesora se convirtiera más en una guía que orientaba el trabajo que los propios alumnos iban realizando y que orientaba la posterior reflexión sobre los mismos.

Otras actividades que nos propusieron, sin embargo, sí que eran más específicas y no es habitual plantearlas tan específicamente en las aulas. Me estoy refiriendo al trabajo centrado en el conflicto vasco y en la experiencia terrorista. La experiencia que podemos tener habitualmente de estas cuestiones está muy dirigida por la mirada que desde los medios de comunicación se plantea, así como desde las vivencias personales, sociales y vecinales que cada uno de nosotros hayamos podido tener a lo largo de nuestra vida.

La primera aproximación a las secuelas del terrorismo se dio tras el trabajo más general sobre la violencia que hicimos (y que consistió en la diferenciación entre violencia, conflicto y paz, la distinción de los distintos tipos de violencia que hay, la elaboración de un diario de campo en el que los alumnos fueron anotando las distintas situaciones de violencia y los distintos tipos de violencia que iban viendo, ejerciendo o experimentando a lo largo de una semana). Así, vimos el documental “Mujeres en construcción”, en el que se hablaba de las secuelas que la violencia deja en aquellos que la sufren. Pero el documental no estaba construido desde ópticas más clásicas de la reflexión sobre la violencia, sino desde la propia experiencia de las víctimas. Y lo que pudimos ver es que el dolor nos iguala como personas, que la experiencia personal del sufrimiento nos une y nos permite reconocer al otro como un igual.

A mí personalmente, como profesora y como persona, este documental me removió. Como persona porque me permitió ver y comprender (desde un punto de vista emocional) una realidad que permanece oculta a los focos de los discursos públicos en torno a la violencia y como profesora porque pude ver que mis alumnos se implicaban realmente en su proceso de aprendizaje ético personal, al vivir con las víctimas las

experiencias vitales que iban contando. A mí esto me hizo replantearme mi papel en el aula y el tipo de trabajo que quería llevar a cabo en adelante.

Otro trabajo que me resultó tremendamente interesante fue la proyección del documental *La pelota vasca* y la realización de una línea temporal sobre el conflicto vasco. ¿Por qué? Porque a pesar de ser una parte reciente de nuestra historia el nivel de desconocimiento que sobre estos temas pude ver en mis alumnos fue importante. Sin entrar en detalles de las causas para este “olvido”, creo que ese olvido o desvinculación de nuestra propia memoria contribuye a la naturalización de la violencia, por un lado, y por otro, nos inhabilita para construir relaciones basadas en la justicia y la reparación reales.

¿Qué supuso la experiencia en Gernika?

Inmediatamente después del trabajo en el aula, vino la estancia de dos días en el albergue de Gernika, de la que Iratxe y Beatriz os hablarán mucho más detalladamente. Mi trabajo allí fue de acompañante, ya que las dinamizadoras de Bakeola fueron las que guiaron el trabajo. Yo allí fui observadora y, en varias de las actividades, participante.

Pero lo que vi fue otra manera de trabajar a experiencia ética que a veces se olvida en el aula y que enfatizaba, como decía al principio de mi intervención, la interpretación de la ética como una experiencia vital personal y colectiva.

Yo vi cómo en mis alumnos se removían emociones y cómo se alteraban sus esquemas mentales de interpretación de la realidad. Como se enfrentaban a sí mismos, a sus propias necesidades, a sus miedos, a sus límites personales, a sus dificultades. Y vi cómo se rompían en algunos casos ante la charla que tuvieron con las víctimas educadoras. Esta fue sin duda la parte que más nos movió a todos y que más nos cambió. ¿Por qué? Por el lugar desde el que ellas nos contaron su historia. Cuando alguien que ha sufrido tanto en su vida no te habla desde el odio sientes que es posible afrontar los conflictos desde otro lugar. Cuando alguien es capaz de trascender su propio dolor, sentarse frente a alguien que ha causado tanto dolor (y que le ha causado tanto dolor) como un miembro de ETA y ver en él al ser humano, que no hay deseo de venganza, hace que quién le escuche vea el mundo –y su propio mundo- desde otro lugar.

Claro, cuando una vive esto encuentra una manera nueva y distinta de trabajar en la que el objetivo que busca en la educación se logra. No es enseñar, es el aprendizaje, es el ayudar a alguien a que aprenda a mirar a su mundo y así mismo desde un lugar nuevo, que sea capaz de construir una mirada crítica ante la realidad, pero que además se empiece a hacer cargo de la necesidad de ver a los demás como seres humanos, no como el enemigo. Pero creo que cuando hablo de ellos también hablo de mí, porque en este proyecto yo fui en parte la guía, pero en parte también la alumna, es decir, también se dio un cambio en mí, porque también mis propias estructuras mentales se desestabilizaron y removieron.

¿Cómo mantener este tipo de trabajo?

Una vez terminado el proyecto, ¿qué pasó? Que los propios alumnos se convirtieron en los guías de los compañeros que no habían podido ir a Gernika y que llevaron al aula las experiencias que habían tenido.

Además, en el colegio decidimos mantener para cursos sucesivos varias de las actividades que habíamos realizado a lo largo del programa y el objetivo de construcción de unas bases pedagógicas basadas en el respeto, la empatía y el perdón, la comprensión de los efectos de la violencia y el reconocimiento de la posibilidad de resolución de conflictos de forma no violenta.

En este sentido, creo que este tipo de trabajos deben ir más allá de proyectos concretos y específicos, y que deben ser nucleares en los proyectos pedagógicos que desarrollamos día a día en las aulas. Me refiero tanto a los valores trabajados, como a la metodología empleada, que hace de la experiencia del alumno el propio proceso de trabajo y aprendizaje, como al proceso de reconstrucción de nuestra propia memoria histórica y a la posibilidad de que nuestros chicos y chicas, que muchas veces naturalizan e interiorizan la violencia como una forma normal de resolución del conflicto y que ven la venganza como una forma de impartir justicia, comprendan, vean y escuchen otras opciones de construcción de las relaciones sociales.

Pero creo que mis palabras se van a quedar cortas y van a resultar reiterativas, y que la mejor forma de explicar el por qué estos programas deben existir y mantenerse será escuchar la experiencia que mis alumnas (que hablan en representación de todos los que fueron) vivieron a lo largo de esos meses.